



La crisis del clima y la covid definen los Premios UNED

'A pesar de todo'

MARTA OCHOA MARTÍNEZ
Finalista Premio Fotografía
2019/2020

Las ganadoras son Marta Ochoa Ramírez y María Virginia Yoldi López, el curso pasado, y Susana Pérez San José y Rufina María Álvarez Periañez este curso

DN Pamplona

EL Centro Asociado de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) en Pamplona entregó ayer con motivo del Día de la UNED los primeros premios de Fotografía y Ensayo tras la pandemia. Tras la suspensión de los galardones el curso pasado, este año se han entregado las dos ediciones, que han recibido cuatro chicas. Son Marta Ochoa Ramírez, por su fotografía *A pesar de todo* (finalista, ya que el premio quedó desierto) y María Virginia Yoldi López por el ensayo *Se hace tarde*, en los galardones correspondientes al curso 2019-2020; y Susana Pérez San José, por la imagen *Reflexión*, y Rufina María Álvarez Periañez, por el ensayo *Causalidad y efectos de una pandemia*, en los premios del actual curso 2020-2021.



TRIBUNA CULTURAL La autora reflexiona sobre la verdadera toma de conciencia del problema climático por parte de la humanidad como un cambio necesario inmediato. Tras él, puede surgir la esperanza y la capacidad de adaptación evolutiva que nos ha permitido 'triunfar' como especie

Se hace tarde

María Virginia Yoldi López

ES peor, mucho peor, de lo que imaginamos", así comienza el libro sobre el calentamiento global *Planeta inhóspito* de Wallace-Wells. Ese calentamiento es el gran problema al que se enfrenta hoy la humanidad. Lidar con él supone enormes desafíos, pues tenemos que decidir cómo acabar con las emisiones de CO₂, cómo promover medidas políticas adecuadas y cómo cambiar eficazmente nuestros hábitos de vida. Todo ello para evitar o paliar las peores consecuencias del calentamiento, algunas de las cuales son cada vez más patentes: sequías, hambrunas, desregulación del clima (con aumento de tormentas como Gloria), incendios (Australia es ejemplo reciente), contaminación, escasez de agua dulce, penuria energética... y un rosario de males que se desprenden directamente de esa subida de temperatura media del planeta que estamos experimentando.

Todos esos retos que se nos plantean son importantes, pero hay uno que debemos encarar previamente: la verdadera toma de conciencia del problema climático. Ser conscientes de la envergadura de la cuestión y poder integrarla en nuestro pensamiento es la tarea pendiente (también la más complicada y urgente). Sabemos que los mecanismos psicológicos para evitar pensar el desastre en toda su dimensión no son pocos y son potentes, como el anclaje en

ejemplos escasamente significativos que apuntalan nuestra ceguera, la esperanza en la autorregulación del sistema o la firme creencia en el progreso incesante de la humanidad.

Parece claro que tenemos a nuestro alcance el conocimiento necesario para despertar esa toma de conciencia, pero nos comportamos como si no fuera así. Cultivamos la semiignorancia y la semiindiferencia, incluso nos dejamos tentar por el negacionismo. Eso es peligroso, temerario, porque ya estamos inmersos en el fenómeno y sus daños son evidentes.

¿Qué se puede hacer para acelerar esa toma de conciencia y generalizarla? Hay actualmente algunas líneas de actuación que conviene fomentar. Así, tras la reciente cumbre del clima en Madrid, las alusiones al cambio climático, a la contaminación y a nuestra relación con la naturaleza se han hecho visiblemente más presentes en los medios de comunicación, empiezan a ser *mainstream*. Esto tiene un efecto multiplicador en las redes sociales y ayuda mucho a la sensibilización.

La educación es otro campo clave para que nos mentalicemos eficazmente del deterioro del planeta. La presencia transversal en los programas escolares de las temáticas medioambientales se va haciendo obligada en un esfuerzo notable para que los estudiantes conozcan desde la infancia lo que está ocurriendo.

Además, los científicos han comenzado a hablar con más claridad y contundencia sobre el cambio climático. Hasta hace un

año predominaba la "reticencia científica" (los pies de plomo de los especialistas a la hora de contar lo que está ocurriendo con el clima) por temor a ser tildados de catastrofistas y pesimistas extremos. Era el modo de evitar ganarse el descrédito y la indiferencia del público, ya que el discurso del miedo puede generar rechazo. Pero ahora es urgente contar la cruda realidad y la alarma se hace necesaria.

En esa línea se sitúan hoy no pocas publicaciones científicas —más de 11.000 científicos declararon la emergencia climática a finales de 2019 en un manifiesto en la revista *BioScience*— y de divulgación, pero también producciones audiovisuales como las de *Les parasites*, en Francia, que en su serie *L'effondrement* imaginan escenarios de un sombrío futuro próximo. En capítulos cortos narran situaciones plausibles de escasez de alimentos, de combustibles o de transportes e imaginan las reacciones humanas. *Les parasites* transforman en imágenes las ideas de lo que se ha dado en llamar "la Colapsologie", la ciencia del colapso, en la que destaca Pablo Servigne. Es la disciplina que da por hecho que el problema del calentamiento junto con la contaminación es de tal alcance que solo cabe aceptarlo, adaptarse y tratar de mitigar daños para convivir con él. Sugiere seguir el modelo del enfermo crónico, que, consciente de su enfermedad, convive con ella en el día a día sin ilusionarse con una cura que no va a llegar. Los planteamientos de Greta Thunberg van en este mismo sentido al mirar de frente la situación y exigir medidas ya: "Para qué ir al colegio si no tengo futuro".

Contamos con un ejemplo reciente de sensibilización a gran escala en el movimiento *Me Too* en pro de la igualdad entre hombres y mujeres. En este caso, las con-

ciencias se han despertado a través de la denuncia y de la solidaridad. Señalar a los transgresores, pedir medidas políticas, solidarizarse con las perjudicadas, usar las redes sociales, hacer político lo personal, etc., son caminos a seguir también en la defensa del medio ambiente.

Concienciarnos supone asumir que no vamos a poder mantener nuestros estándares de vida occidental basados en el consumo y el crecimiento económico constante. Imposible seguir viviendo como lo hemos hecho durante la era de la industrialización con apropiación exhaustiva de recursos y quema de combustibles fósiles. No obstante, parémonos a pensar: ¿realmente necesitamos ese tipo de vida? Quizá no sea tan traumático imaginar y vivir una existencia más simple y menos consumista que ponga "la vida en el centro", como nos aconseja la ecofeminista Yayo Herrero. Tras la toma de conciencia, puede surgir la esperanza.

La capacidad de adaptación es la característica que evolutivamente nos ha permitido "triunfar". No parece descabellado pensar que podemos adaptarnos una vez más, buscar maneras de vivir más acordes con las circunstancias de escasez de recursos y de cambio climático. Formas de vida cuyos modelos pueden estar en nuestro pasado no tan remoto y que podríamos combinar con innovaciones tecnológicas propias del siglo XXI (como recaptadores de CO₂). Servigne sugiere inspirarse en momentos de crisis en los que los grupos humanos han sido resilientes (como Cuba tras la caída del muro) o en sistemas como la permacultura. Ejemplos que estimulen la imaginación para proporcionarnos confianza en el futuro.

Cobrar conciencia y lograr que se haga contagiosa, ese es el desafío. No podemos dejarlo en manos de generaciones futuras, ya es tarde para eso.